

Estados Unidos, ¿un país polarizado?

Con ocasión de las pasadas elecciones presidenciales en Norteamérica, algunos analistas europeos han avanzado la siguiente opinión: «Estados Unidos está cada vez más polarizado: innovación frente a tradición». El mero resultado de las elecciones (51% de voto republicano contra 48% demócrata) no permite llegar a semejante conclusión en un sistema prácticamente bipartidista, teniendo en cuenta, además, que la política de partido no funciona allí de la misma manera que en Europa. Sin embargo, tal vez más que otras veces se ha tenido la impresión de que los dos candidatos y sus respectivos partidarios hablaban dos lenguajes muy diferentes y difícilmente conciliables. ¿Exageración? ¿Mero espejismo? ¿O diagnóstico acertado? De confirmarse tal diagnóstico, ¿el estornudo norteamericano contagiará la bipolaridad a toda la comunidad internacional?

Desde la geografía física y social

En el mapa de las victorias parciales de los dos partidos en los diversos Estados, el azul demócrata se concentró en el Nordeste (Grandes Lagos y costa Atlántica) —a excepción de Indiana y Ohio— y el Pacífico, en particular en los dos Estados más grandes y de mayor peso económico: California y Nueva York. Mientras que el rojo republicano

invadía casi todo el resto del país (principalmente, el centro o la «América profunda», como también se la ha llamado). El apoyo a Bush tuvo especial fuerza en las áreas rurales y en las pequeñas ciudades de todo el territorio. Las clases medias del interior, descendientes de los primeros colonos escoceses e irlandeses, mostraron su desconfianza de las elites intelectuales, a las que identificaban con el candidato demócrata.

El voto demócrata se concentró sobre todo en las grandes ciudades portuarias, como Nueva York, San Francisco y Boston, puntos de desembarco de los nuevos inmigrantes, entre ellos no pocos judíos y católicos europeos, y en las que se respiran aires más cosmopolitas y liberales. En Nueva York, ciudad a la que se atribuye una mentalidad «más sofisticada», el voto demócrata alcanzó el 80%, mientras en Washington D.C. llegaba al 90%.

Pasando de la geografía física a la social, los sondeos a pie de urna reflejaron que, en general, los jóvenes, las mujeres, las minorías —en particular, los hispanos— y los ciudadanos con ingresos por debajo de los 100.00 dólares anuales votaron mayoritariamente a Kerry, (sin olvidar que entre los hispanos Bush alcanzó un notable 45%). Entre los jóvenes, tuvo particular incidencia una campaña cuyo principal eslogan era «*Vota o muere*» en alusión a la posibilidad que tenían de ser enviados a la guerra si revalidaba su mandato el presidente Bush.

Los demócratas lograron atraer a quienes consideran que la guerra de Irak es un error o un crimen, a los que estaban indignados por las mentiras con las se había intentado justificarla y a quienes opinaban que la política económica del presidente es fiscalmente irresponsable y no tiene en cuenta las carencias profesionales, educativas y médicas del actual sistema. Los 40 millones de ciudadanos que no pueden pagarse un seguro de salud ni tienen una empresa que se lo sufrague giraban también en torno al mismo polo.

Los republicanos, por su parte, movilizaron a quienes —incluso entre los menos favorecidos económicamente— concedieron una mayor importancia a la «*guerra contra el terrorismo*», a la exaltación del nacionalismo y los valores tradicionales, a quienes veían en Bush un presidente más cercano al «*hombre de la calle*» (a pesar de los vínculos familiares y políticos del candidato republicano con la aristocracia, tanto

la del Este como la del Sur), a los que pensaban que el porvenir del país está condicionado por el apoyo a las grandes empresas (financieras, de seguros y del sector energético) y a las ideas de los cristianos fundamentalistas.

Nada de todo esto parece especialmente sorprendente cuando se tiene en cuenta la historia de ambos partidos. Ya desde la Guerra Civil (1861-1865), el Partido Republicano ha representado a la mayor parte de la aristocracia social y económica así como también a la mayoría protestante (la de los «valores tradicionales» y el «Dios bendiga a América») igualmente presente entre los ricos, la clase media y los pobres. Los demócratas, en cambio, no han seguido una línea tan clara: han representado a coaliciones cambiantes de grupos que se sentían excluidos de la plena aceptación social: católicos, judíos, negros, hispanos, obreros, profesionales o intelectuales insatisfechos con el sistema y las jerarquías de poder. Por ello, siempre les ha resultado más difícil encontrar dirigentes capaces de aunar a todos los grupos de intereses presentes dentro del partido.

Programas

Los programas electorales tienen como fin, obviamente, captar el mayor número posible de votantes afines al ideario de cada candidato y diferenciar a éste de su opositor. Es, pues, inevitable que contribuyan a polarizar a la ciudadanía. El candidato republicano escogió como base de su programa la ideología de la seguridad y prometió la vuelta al paraíso perdido del territorio invulnerable, al que se creía haber llegado tras la disolución de la Unión Soviética. Paradójicamente, la creciente sensación de inseguridad durante el mandato de Bush parece haber jugado a favor de esta estrategia así como también del recurso unilateral y preventivo a la guerra. Los resultados electorales constituyen un respaldo más que suficiente a un incremento de los gastos en armamento y servicios de inteligencia, a pesar de los conocidos fallos de éstos últimos.

El segundo pilar de su programa fue el refuerzo de la sociedad competitiva en favor de «los ganadores», de la «ownership society», es decir, de la privatización del vínculo social. La forma de argumentar de Bush, tan clara como demagógica, era la siguiente: «Kerry quiere un

Estado que os roba». La jubilación, que cada uno se la prepare por su cuenta. Con lo que, de paso, se matan otros dos «pájaros»: reequilibrar en parte el enorme déficit del sector público y canalizar sumas colosales hacia el mercado de capitales. Tampoco el medio ambiente quedó excluido de esta estrategia privatizadora, ya que se prometió abrir a la explotación petrolera zonas vírgenes de Alaska y el acceso de compañías madereras a bosques hasta ahora protegidos.

Frente a la contundencia republicana, particularmente en materia de seguridad, Kerry y su partido han ofrecido una imagen un tanto insegura. Criticar la intervención de su propio ejército en Irak, aun contando con datos irrefutables y el peso de la ley internacional, suponía un riesgo electoral considerable, casi un suicidio. Al comienzo de la campaña electoral, todos los candidatos, menos Dean, aceptaron la legitimidad de aquella guerra, hasta que la crítica valiente de éste obligó a los candidatos de su partido —menos uno— a adoptar posiciones contrarias al unilateralismo de Bush. El gran problema para Kerry era cómo conseguir, tras esa crítica, ser considerado tan patriota como su rival. Haber sido un líder admirado por sus soldados en Vietnam y haber testificado después ante el Senado, con uniforme y condecoraciones, contra aquella guerra, probablemente le restó más votos de los que le pudo reportar. Otro tanto cabe pensar de su postura en materia de seguridad: disponer de la necesaria capacidad de intervención militar, sí; pero emplearla sólo en caso de estricta necesidad y con la aprobación multilateral de la ONU.

En materia social, Kerry ofrecía una especie de «tercera vía»: invertir en educación, proteger los derechos civiles, sobre todo los de la mujer, aumentar la cobertura sanitaria (sin llegar a un seguro público generalizado) y favorecer un sistema público de jubilación. Y unas exigencias medioambientales bastante más elevadas que las de su rival, pero tomando, al mismo tiempo, la precaución de hacerse fotografiar cazando escopeta al hombro.

Sin embargo —según un antiguo ministro de Clinton— se ha producido la paradoja de que los republicanos «han sido capaces de tornar la rabia de la clase obrera en un resentimiento mucho más cultural que económico porque nadie ha sabido explicar a la América profunda lo que está pasando hoy en día; ellos hablan un lenguaje de clase desprovisto de economía». Por eso piensa este demócrata que la tarea de su partido consiste ahora en colocar de nuevo el debate en el

ámbito económico. Paradójicamente, el deterioro de las condiciones sociales ha favorecido más a la derecha que a la izquierda. ¿Se trataría, pues, de otro aspecto de la polarización: primacía de lo cultural-identitario, por un lado, y de lo económico-social por otro?

Valores morales

En el capítulo de los valores morales, (muy vinculados con el factor religioso, tan determinante en las pasadas elecciones) el Partido Republicano insistió casi exclusivamente en los valores relacionados con la moral sexual y familiar: rechazo del matrimonio entre personas del mismo sexo, referéndums en once Estados sobre este tema coincidiendo con la elección presidencial (en todos ellos se rechazó tal posibilidad), propuesta de una enmienda constitucional que fundamente la heterosexualidad del matrimonio, prohibición del apoyo gubernamental a la investigación con células madre provenientes de embriones y, sobre todo, máxima limitación del derecho al aborto, que llegará hasta la supresión de la cobertura del seguro médico público para esta práctica. Junto a ello, una aproximación a los sectores fundamentalistas, protestantes en su mayoría. Como ejemplo de la aproximación a estos sectores religiosos, poco después de la elección presidencial del dos de noviembre, algunos distritos escolares imponían la enseñanza de la aparición simultánea de las especies (en contra de la teoría evolutiva sustentada por la práctica totalidad de los medios científicos del mundo entero).

Por su parte, el Partido Demócrata puso el acento en la moral social más que en la sexual. Y presentó unas posturas más matizadas, con el consiguiente peligro de no suscitar entusiasmos y de ser mal entendido. Al igual que Bush, Kerry se manifestó opuesto a reconocer el matrimonio entre personas del mismo sexo, pero no hizo de este tema una prioridad, como lo hizo Bush. Como casi todos los demócratas, defendió la posibilidad del aborto en determinados supuestos, lo que le valió la condena de algunos obispos católicos. Sin embargo, según un articulista del *The New York Times*, la política de los demócratas contribuye más eficazmente a reducir el número de abortos. Este articulista recordaba los datos siguientes: durante el mandato de Bill Clinton, que ocupó la Casa Blanca entre Bush padre e hijo, el número de abortos descendió en un 22%, para volver a aumentar bajo la actual

presidencia. Por su parte, el profesor Glen H. Stassen, un teólogo cristiano de los que se autodefinen «pro vida», recordaba que el año 2002 se practicaron 52.000 abortos más de los previstos, fenómeno que atribuía a las mayores dificultades, principalmente económicas, de las madres. En suma, dos maneras de afrontar el mismo problema y dos maneras de hacer campaña «moral», con resultados muy distintos en ambos casos.

Política internacional

En este terreno, como cabía esperar, Bush se reafirmó en la «*guerra contra el terrorismo*» como eje de su política exterior. Con todos los que lo han votado, comparte la peligrosa ideología del «*choque de civilizaciones*». Justificó la invasión de Irak como una respuesta al ataque terrorista del 11-S, cuando, en realidad, ya desde el comienzo de su mandato, había anunciado su intención de invadir aquel país. No reconoció la falsedad de las pruebas que presentó ante el Consejo de Seguridad, silencio este que finalmente se lo agradeció su electorado, a pesar de salir bastante mal parado de los debates televisivos con Kerry en los que se discutió el tema. Finalmente, la mayoría del electorado se mostró reacia a cambiar de comandante en jefe estando aún muy incierto el resultado del conflicto irakí. De esta manera, la guerra se convirtió en uno de los principales activos políticos de Bush.

Un mes después de la consulta electoral y en contra de las previsiones de algunos observadores, Bush no daba señales de querer suavizar su política belicista, como parecen confirmarlo los nombramientos de C. Rice al puesto de secretaria de Estado y del hispano Alberto Gonzales como responsable de Justicia, el mismo que desarrolló la doctrina oficial de la Casa Blanca según la cual la convención de Ginebra no se aplica a los prisioneros de Guantánamo y otros sospechosos. Poco después confirmaría al halcón Rumsfeld como secretario de Defensa.

Bush tampoco ha dado muestras de querer superar su desconfianza hacia la «*vieja Europa*» ni de intentar rehacer la cohesión de la Alianza Atlántica, tan maltrecha desde el afer de Irak. Lo cual significa un nuevo capítulo de distanciamiento entre las dos mitades de EE UU que se enfrentaron el pasado noviembre. La conocida simpatía de Kerry hacia Francia (actual bestia negra de la Casa Blanca y del sector más

nacionalista) añadirá sin duda una distancia más entre los dos campos. Con el agravante de que esta polarización en el terreno de la política internacional tiene el peligro de extenderse a otros países, como puede estar sucediendo ya en el nuestro.

Sin embargo imaginar el campo republicano como un bloque sin fisuras sería una considerable simplificación. Baste recordar el llamamiento a sus correligionarios, dos días después de las elecciones, por parte de Paul Weyrich, fundador de la conservadora Heritage Foundation, a «debatir en serio» sobre la política exterior de la Administración americana, porque, a su entender, «las consecuencias de la aventura de los neoconservadores están ahora absolutamente claras: EE UU está atascado en una guerra de guerrillas y nuestros auténticos enemigos, organizaciones no estatales como Al Qaeda, se están beneficiando de la reacción árabe e islamista contra nuestra ocupación de un país islámico».

En el campo opuesto, la resaca de la derrota parece estar produciendo una oleada de «demócratas fuera de onda» que se preguntan en qué país viven, ya que su sensibilidad y estilo de vida parecen diferir de los de la mayor parte de sus conciudadanos. Otros tienen cierta sensación de aislamiento: «Ahora parece que todo el mundo nos odia» —decía un psiquiatra neoyorquino— «han votado por Bush las personas que menos probabilidades tienen de ser alcanzadas por un atentado terrorista».

¿Hay un eje común?

Aunque caben diferentes interpretaciones acerca de más de uno de los puntos de desacuerdo en el interior de la sociedad norteamericana destacados en las páginas anteriores, probablemente habrá que admitir que, desde el siglo XIX, nunca habían tenido los ciudadanos de EE UU tanta dificultad para comprender a la otra mitad del país. Pero ello no puede hacer olvidar la común cultura política que todos comparten.

El orgullo por la supremacía mundial de su país es probablemente el primer factor común de dicha cultura. A lo que se añade el hecho de que tal supremacía los convierte en el primer imperio democrático de la historia (los anteriores, desde el imperio romano hasta el español, francés y británico, en manera alguna pueden ser considerados

democráticos al no haber estado de hecho controlados por el voto popular).

De puertas adentro y en el terreno económico-social, se da también una gran unanimidad, desde la época de los pioneros, a la hora de exaltar la iniciativa individual y la «moral del vencedor»: *winner takes all*. En los negocios, los mejores son recompensados sin límites, pero, a cambio, tienen el deber moral de aportar sus competencias al funcionamiento del sistema. En cambio, el *free rider*, que aporta al sistema menos de lo que retira de él, sólo merece desprecio, ya que debilita el cuerpo social.

Otro elemento común en la cultura política norteamericana es la altísima consideración que tienen por su sistema legal. Los acuerdos y tratados internacionales firmados por sus gobiernos tienen que superar una barrera muy alta (dos tercios) en el Congreso para tener vigencia en los EE UU: el protocolo de Kioto para la protección del medio ambiente no lo ha conseguido. Ésta es la raíz profunda de las continuas dificultades entre los EE UU y la ONU, dificultades que se repitieron una vez más con motivo de la invasión de Irak. Sin embargo esa confianza casi absoluta en su sistema quedó brutalmente quebrantada por el ataque a las Torres Gemelas y al Pentágono del 11-S.

Si están tan profundamente convencidos de que su sistema político es el mejor, resulta comprensible cierto mesianismo político que los lleva a difundirlo en el mundo entero. En provecho propio, inevitablemente. Así, caen en la contradicción de pretender imponer la democracia por la fuerza. De ahí que choquen periódicamente con el resto del mundo y de ahí también su dificultad para aceptar el multilateralismo que parece exigir el actual mundo globalizado y, sin ir más lejos, la misma OTAN.

No obstante, en todos estos puntos la pasada campaña electoral ha puesto de manifiesto una cierta evolución —sobre todo por parte del Partido Demócrata— impuesta por los graves acontecimientos que se han sucedido desde el 11-S.

Parece difícil negar que las pasadas elecciones presidenciales han reflejado una mayor polarización de la sociedad estadounidense. No obstante, tal polarización se ha producido dentro de una cultura socio-política común que sigue funcionando como potente aglutinador de la sociedad, pero que probablemente evolucionará para hacer frente a la nueva situación internacional. ■